

rey se quedara, resistiera y combatiera en último caso; sólo la partida de la reina hubiera tranquilizado al pueblo y evitado la lucha.

Necker quería que el rey fuera á París, que se confiara al pueblo, es decir, que fuera franco, sincero y aceptara la Revolución.

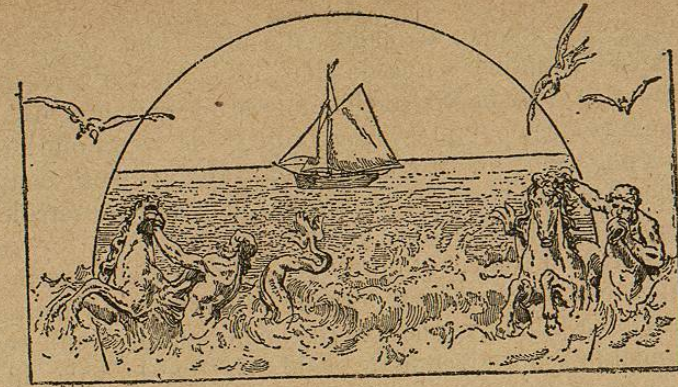
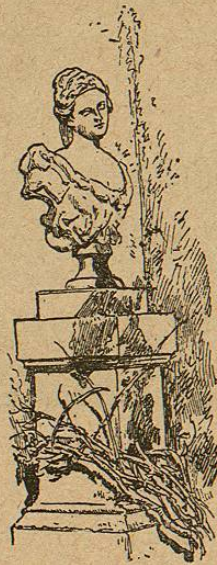
Luis XVI, sin resolver nada, prolongó el consejo con objeto de consultar á la reina.

Ella quería partir, pero con él, no dejando entregado á sí mismo un hombre tan irresoluto; el nombre del rey era su arma para comenzar la guerra civil. Saint-Priest á las siete supo que Lafayette, obligado por la guardia nacional, marchaba sobre Versalles. «Es preciso partir inmediatamente—dijo.—El rey, á la cabeza de las tropas, pasará sin dificultades.»

Pero era imposible decidirlo á nada. Creía que, alejado él, la Asamblea haría rey al duque de Orleans. Además, le repugnaba la idea de huir, y paseándose agitadamente por la habitación, repetía de vez en cuando: «¡Un rey fugitivo! ¡un rey fugitivo!»

Entretanto, insistiendo la reina sobre la marcha, fué dada la orden de preparar los coches.

No había tiempo que perder.



CAPITULO IX

El pueblo lleva el rey á París el 6 de Octubre de 1789

Continuación del 5 de Octubre.—La primer sangre derramada.—Las mujeres y el regimiento de Flandes.—Lucha de los guardias de corps y de los guardias nacionales de Versalles.—Espanto de la corte.—Las mujeres pasan la noche en la sala de la Asamblea.—Lafayette obligado á marchar á Versalles.—6 de Octubre.—El castillo asaltado.—Peligro de la reina.—Los guardias de corps salvados por los exguardias franceses.—Vacilaciones de la Asamblea.—Conducta del duque de Orleans.—El rey llevado á París.

Un miliciano de París, arrastrado por un grupo de mujeres y hecho su jefe, á pesar suyo, que exaltado por el camino se encontraba en Versalles más fogoso que los demás, se aventuró á pasar detrás de los guardias de corps; allí, viendo la verja cerrada, insultó y amenazó con su bayoneta al portero colocado detrás. Un teniente y dos guardias nacionales sacaron los sables y persiguieron al osado para darle caza. El infeliz, huyendo en loca carrera, quiso refugiarse en una barraca; y huyendo siempre, tropezó y cayó al suelo pidiendo socorro. Los guardias nacionales de Versalles no pudieron contenerse; uno de ellos, un mercader de vinos, se abalanza sobre él y lo detiene después de romperle el brazo con que manejaba su sable.

D'Estaing, comandante de esta guardia nacional, estaba en el castillo creyendo á cada momento que partía con el rey. Lecointre, teniente coronel, estaba en su puesto pidiendo órdenes á la municipalidad, que ésta no le daba. Temía, con razón, que aquella multitud hambrienta se decidiera á recorrer la ciudad y lograra alimentarse por sí misma.

Pide víveres, solicita de la municipalidad que los arbitre y no se reúne más que un poco de arroz, que resulta nada para tanta gente. Entonces hizo buscar en todas partes, y gracias á su loable diligencia se calmó un poco el pueblo.

Al mismo tiempo se dirigía al regimiento de Flandes y preguntaba á los oficiales y á los soldados si harían armas contra el pueblo. Estaban éstos influidos ya por otra más poderosa recomendación.

Las mujeres se habían arrojado entre ellos y les rogaban no hicieran daño. Apareció entonces una de ellas, de la que volveremos á hablar más adelante. Era la linda señorita Théroigne de Mericourt, una lieguesa, viva y arrebatada como tantas otras mujeres de Liega que hicieron las revoluciones del siglo XV y combatieron valientemente contra Carlos el Temerario. Enardecedora, rara, original, con su sombrero de amazona y su rendigot rojo, el sable á la derecha, hablando á la vez, con encantadora elocuencia, el francés y el liegués... Los soldados reían, pero cedían... Impetuosa, encantadora, terrible, Théroigne no sentía ningún obstáculo... Había tenido varios amores, pero entonces no sentía más que uno, violento, mortal, que le costó más que la vida, el amor de la Revolución; la siguió con entusiasmo, no faltaba á una sesión de la Asamblea, recorría los clubs y las plazas, tenía en su casa un club donde recibía á muchos diputados.

No más amantes; había declarado que no quería á otro hombre que al gran metafísico, siempre enemigo de las mujeres, al abstraído, al frío abate Sieyes.

Théroigne se había apoderado de aquel pobre regimiento de Flandes, le trastornó la cabeza y lo dominó tan bien, que fraternalmente le arrebatava sus cartuchos y los daba á los guardias franceses de Versalles.

D'Estaing hizo decir entonces á los soldados de Flandes que se retiraran. Algunos parten; otros responden que no se van mientras los guardias de corps no partan antes. Los guardias recibieron orden de desfilar.

Eran las ocho de la noche. Noche demasiado sombría. El pueblo seguía hostilizando á los guardias con sus silbidos. Marcharon sable en mano y se abrieron camino; los últimos, que se encontraban más embrazados, tiraron algunos pistoletazos. Tres guardias nacionales resultaron tocados por las balas; uno en la mejilla y los otros en el uniforme. Sus camaradas responden, tiran también. Los guardias de corps disparan sus mosquetes.

Muchos guardias nacionales rodean á d'Estaing, pidiéndole municiones. El mismo quedó maravillado de su ardimiento, de la audacia que mostraban, solos allí, en medio de las tropas: «Verdaderos mártires del entusiasmo»—decía más tarde á la reina.

Un teniente de Versalles declara al guardia de artillería que si no le da pólvora le levantará la tapa de los sesos. Entrega un tonel, que se abre en la misma plaza, y se cargan los cañones colocados frente á frente de la rampa donde están colocadas las tropas que cubren el castillo y los guardias de corps que volvían á la plaza.

Las gentes de Versalles habían mostrado la misma firmeza dentro del castillo. Cinco coches se presentaron en la verja para salir; era la reina—decíase—que marchaba á Trianon. El suizo abre y se forma la guardia.

«Hay peligro para su majestad—dice el comandante—en alejarse del castillo.» Los coches vuelven á entrar sin escolta. No hay paso. El rey estaba prisionero.

El mismo comandante salva á un guardia de corps, al que la multitud quería hacer pedazos por haber disparado contra el pueblo. Lo hizo tan bien aquel jefe, que la multitud dejó al hombre; se contentó con el caballo, que fué despedazado; se comenzó á arrastrarlo hacia la plaza de armas, pero la multitud tenía demasiada hambre y el caballo fué comido casi crudo.

Caía la lluvia. La multitud se refugiaba donde podía; unos forzaron la entrada del local donde se albergaba el regimiento de Flandes y se mezclaron con los soldados. Otros, cerca de cuatro mil, se habían quedado en la Asamblea. Los hombres estaban bastante tranquilos, pero las mujeres soportaban impacientemente aquel estado de inacción; hablaban, gritaban y alborotaban.

Maillard solamente pudo hacerlas callar y no lo consiguió sino arengando á la Asamblea.

Aumentó el desorden el hecho de que algunos guardias de corps fueron á buscar á los dragones que estaban á la puerta de la Asamblea y á preguntarles si querían ayudarles á apoderarse de los cañones que amenazaban el castillo. Antes de que la multitud se echara sobre ellos, los dragones los hicieron escapar.

A las ocho de la noche otra tentativa. Llevan á la Asamblea una carta del rey, donde, sin hablar de la Declaración de los derechos, prometía vagamente la libre circulación de los granos. Es probable que en aquel momento la idea de la fuga dominara en el castillo. Sin haber respondido nada á Mounier, que esperaba á la puerta del Consejo, se enviaba aquella carta á la Asamblea, intentando entretener á la multitud que aguardaba.

Una aparición singular había aumentado el terror de la corte. Un joven del pueblo entra, mal vestido, descompuesto... Gran extrañeza... Era el duque de Richelieu que, bajo aquel traje, se había mezclado á la multitud, á aquella nueva ola del pueblo que había partido de París. A mitad de camino se había separado de ellos para llegar corriendo y advertir á la familia real... había escuchado frases que revelaban propósitos horribles, amenazas atroces... cortarles los cabellos... Y diciendo esto estaba tan pálido, que cuantos le oían palidieron...

El corazón del rey comenzaba á acobardarse; veía á la reina en peligro.

Costara lo que costase á su conciencia consagrar la obra legislativa del filosofismo, firmó á las diez de la noche la Declaración de los derechos.

Al fin pudo Mounier partir. Tenía impaciencia por ocupar la presidencia ante la llegada de aquel gran ejército de París, cuyos proyectos no se conocían...

Entra presuroso cuando la Asamblea había levantado ya la sesión. La multitud, cada vez más agitada y exigente, había pedido que se disminuyera el precio del pan y el de la carne.

Mounier encuentra en su puesto, en el sillón del presidente, una mujer alta y gruesa que tenía la campanilla en la mano. Dió órdenes para que se buscara á los diputados, y esperando anunció al pueblo que el rey acababa de aceptar los artículos constitucionales.

Las mujeres se estrechan alrededor de él y le piden dé copias á cada una; otras decían: «Pero señor presidente, ¿será esto ventajoso? ¿hará que tengan pan los pobres de París?»

Otras gritaban: «Tenemos mucha hambre. No hemos comido hoy.» Mounier anunció que se iba á buscar pan en las panaderías. De todos lados llegaron víveres. En medio de la sala, con gran alboroto, se pusieron á comer.

Las mujeres, comiendo, hablaban con Mounier: «Pero querido presidente, ¿por qué habéis defendido ese *velo* inútil?... ¡Pensad en la farola donde ahorcamos!...»

Mounier les respondió con firmeza que no estaban en estado de juzgar, que eran engañadas y que él quería mejor exponer su vida que traicionar su conciencia. Esta respuesta causó gran efecto; desde entonces le testificaron mucho respeto y amistad.

Mirabeau sólo hubiera podido hacerse oír, dominar el tumulto; pero no parecía: seguramente estaba inquieto. Durante la noche, según afirmación de muchos testigos, se había paseado por entre el pueblo, con un gran sable, diciendo á los grupos: «Hijos míos, estamos con vosotros.» Después se fué á dormir. Dumont el ginebrino fué á buscarle y le condujo á la Asamblea. En el momento en que llegó exclamó con su voz atronadora: «Quisiera saber cómo se atreve nadie á venir á perturbar nuestras sesiones... ¡Señor presidente, haced respetar á la Asamblea!» Las mujeres gritaban: «¡Bravo!» Hubo un poco de calma.

Para pasar el tiempo se reanudó la discusión de las leyes criminales.

«Estaba yo en una galería—cuenta Dumont,—donde una mujer dirigía con gran autoridad á un centenar de jóvenes que á una señal suya gritaban y se callaban. Llamaba familiarmente á los diputados por su nombre ó bien preguntaba:—«¿Quién es ese que habla allá abajo? ¡Haced callar á ese majadero!; ¡no se trata de eso!, ¡se trata de tener pan!... Que hable pronto nuestra madrecita Mirabeau...» «Y las demás gritaban: «Nuestra madre Mirabeau.» Pero Mirabeau no quería hablar.»

Lafayette, que había salido de París de cinco á seis de la tarde, no llegó á Versalles hasta pasada la media noche.

A las once de la mañana, avisado Lafayette de la invasión del Hotel de Ville, se dirigió allí, encontró á la multitud alborotada y se puso á dictar un despacho para el rey. La guardia nacional, la asalariada y la no asalariada, llenaba la ancha plaza; todos convenían en que

era preciso ir á Versalles. Muchos exguardias franceses recordaban su antiguo privilegio de guardar al rey y querían renovarlo. Algunos de ellos suben al Hotel de Ville y llaman en la puerta del despacho donde estaba Lafayette. Entran, y un joven granadero, de hermosa figura, que hablaba maravillosamente, le dice con firmeza:

«Mi general, falto de pan el pueblo, la miseria llega á su colmo; ó el comité de subsistencias os engaña ó es engañado. Esta situación no puede durar, y no hay más que un medio; ¡ir á Versalles!... Se dice que el rey es un imbecil; colocaremos la corona en las sienes de su hijo, se nombrará un consejo de regencia y todo marchará admirablemente.»

Lafayette era hombre muy firme y muy obstinado. La multitud lo fué todavía más. Creía Lafayette, con razón, en su ascendiente; entonces pudo ver que se le había hecho creer en un error. En vano arengó al pueblo, en vano permaneció muchas horas en la Grève sobre su caballo blanco, ora hablando, ora imponiendo silencio con ademanes ó, por hacer algo, acariciando á su caballo. La dificultad iba aumentando; ya no eran solamente guardias nacionales los que le rodeaban y oprimían, sino grupos de los barrios Saint-Antoine y Saint-Marceau, que no querían escuchar ni entender nada, que le hablaban con signos elocuentes, preparando para él la farola de las ejecuciones.

Entonces Lafayette baja del caballo y quiere entrar en el Hotel de Ville, pero sus granaderos le impiden el paso: «General, estaréis con nosotros; no nos abandonaréis.»

Felizmente traen del Hotel de Ville una carta autorizando al general á partir «en vista de la imposibilidad de negarse á ello.»

«Partamos»—dice. Y resuena en toda la plaza un grito de alegría.

De los treinta mil hombres que formaron la guardia nacional marcharon quince mil. Agregáronse algunos millares de hombres del pueblo. El ultraje inferido á la escarapela nacional era un noble motivo para la expedición. Todo el mundo aplaudía al paso de la comitiva. En la orilla del río una multitud elegante miraba y batía palmas. En Passy, donde el duque de Orleans había alquilado una casa, madame de Genlis estaba gritando, agitando un pañuelo, no olvidando nada para ser vista.

El mal tiempo hacía penosa la marcha. Muchos guardias nacionales, siempre ardientes, se desanimaron. Aquello no era el hermoso día del 14 de Julio. Caía una fría lluvia de Octubre. Algunos se quedaban en el camino; los demás renegaban, pero seguían. «Es duro—decían ricos mercaderes—para gentes que en el buen tiempo no van á sus casas de campo sino en coche, andar cuatro leguas bajo esta lluvia...» Otros decían: «No podemos hacer tal caminata en vano.» Y aludían á la reina; hacían locas amenazas para aparecer contentos.

El castillo los aguardaba con la más grande ansiedad. Creían allí que Lafayette aparentaba ir forzado, pero que se aprovecharía de las circunstancias. A las once de la noche se quiso ver si, habiéndose dis-